

La dimensión emocional del sentido de sí: autobiografías de maltrato sexista

The emotional dimension of the meaning of self:
autobiographies of sexist abuse*

CRISTINA PEÑAMARÍN Y DIANA FERNÁNDEZ ROMERO

(pág 63 - pág 68)

RESUMEN. A partir de extensas entrevistas biográficas con mujeres maltratadas por sus exparejas, se investiga aquí cómo participan las emociones y los sistemas de sentido en las experiencias de maltrato y en la posibilidad de salir de esas relaciones. Las perspectivas semiótica y feminista se complementan en este estudio sobre las construcciones de sentido y subjetividad, centrado en las dinámicas de creación de la frontera yotros y en la articulación de afectos, mundos de sentido y sujetos.

Palabras clave: maltrato sexista, sentido, perspectiva, emociones, reconocimiento.

ABSTRACT. From extensive biographical interviews with women abused by their ex / partner, it is investigated how emotions and meaning systems participate in experiences of abuse and in the possibility of leaving that relationship. The semiotic and feminist perspectives complement each other in this study on the constructions of meaning and subjectivity, focused on the dynamics of creating the self / others border and on the articulation of affects, worlds of meaning and subjects.

Keywords: Sexist abuse, meaning, perspective, emotions, recognition.

CRISTINA PEÑAMARÍN es catedrática de teoría de la información en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid y miembro honorario de la Asociación Española de Investigación de la Comunicación. Fue directora de la Editorial Complutense de 2005 a 2009. Es autora de varios libros y artículos en diversas lenguas en las áreas de sociosemiótica y análisis textual: esfera pública, discursos mediáticos, representaciones y prácticas de género, comunicación y culturas visuales. Correo electrónico: <crispemar@telefonica.net>.

DIANA FERNÁNDEZ ROMERO es profesora de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Rey Juan Carlos. Ha participado en proyectos con líneas de investigación sobre feminismo, semiótica, activismo digital feminista, representaciones de la prostitución y la trata, discursos culturales sobre las violencias machistas y la construcción de la identidad femenina en el entorno rural. Correo electrónico: <diana.fernandez.romero@urjc.es>.

FECHA DE PRESENTACIÓN: 1/9/2020

FECHA DE ACEPTACIÓN: 2/10/2020

1. INTRODUCCIÓN

Nos proponemos aquí abordar el problema del maltrato sexista, como un problema social de primer orden y clave para el feminismo, desde el punto de vista de la mujer que lo sufre, para preguntarnos por el sentido de esa experiencia para quienes la viven. Esta pregunta semiótica parte de los testimonios de mujeres que han sido maltratadas por un hombre que era —y en algunos casos sigue siendo— su pareja (durante unos ocho años y ocho meses de media, hasta que ellas verbalizan el maltrato, según el estudio de 2019 de la Delegación del Gobierno contra la Violencia de Género). Indagar en el sentido de esa experiencia a través de sus relatos de un tiempo de cotidiana violencia requiere tratar de las formas de subjetividad, de relación y de afecto que implica. También requiere hablar de las transformaciones que tienen lugar en ellas para que estas mujeres consigan salir de ese infierno y vivir para contarlo —pues, como sabemos, muchas otras mueren a manos de su maltratador—.

Una perspectiva feminista se posiciona, naturalmente, de parte de la mujer maltratada, buscando entrelazar teoría y práctica no solo con el fin de alcanzar objetivos científicos, sino también atender a aspiraciones y deseos colectivos (Demaria, 2019: 21, traducción propia). Este feminismo entiende el trabajo de conocimiento como crítica, en el sentido de ‘pensamiento orientado a la transformación de algo en el mundo’. No es esa, necesariamente, la perspectiva de la semiótica. Aun así, muchas veces esta se ha aplicado con una orientación crítica —que asomará también aquí—; de hecho, en los textos pioneros de la semiología del siglo XX, era esa la actitud que animaba las reflexiones sobre las construcciones de sentido.

La semiótica que buscamos nos ha de permitir indagar esos procesos y preguntarnos cómo participan y cómo cambian los afectos y los recursos semióticos en el proceso de permanecer y de liberarse de la relación de maltrato. También nos ha de permitir hacerlo con respecto al posterior intento de construir de un modo nuevo su subjetividad —en el que están inmersas nuestras narradoras en el momento en que conversamos—. Estos problemas son, sin duda, relevantes para una semiótica que trata de “comprender mejor cómo, en qué condiciones, por qué procedimientos nuestra presencia en el mundo llega a tener sentido”, como propone Eric Landowski (2012). Sin embargo, también plantean ciertos desafíos, relevantes actualmente para la semiótica. Estos requieren que nos preguntemos, por ejemplo, por el modo en que interviene la experiencia corporal y afectiva, en el sentido de que ella se forma del proceso, dado que no se puede hablar de formas de dar sentido a estas relaciones de maltrato sin considerar lo corporal y afectivo.

En primer lugar, estas mujeres son, para nosotras, narradoras que prestan testimonio de su singular experiencia. Las hemos elegido porque su narración autobiográfica trata de un conflicto que afecta a muchas otras mujeres y hombres, que tiene dimensiones culturales y políticas enraizadas en nuestro mundo. En la experiencia de quien cuenta podemos ver “su insertarse en un fondo histórico colectivo” (Violi, 2009). ¿Cómo abordamos esta experiencia y este testimonio del maltrato sexista? La semiótica, como la etnografía —en la que también nos inspiramos—, nos incita a la reflexividad sobre nuestros procedimientos de observación y análisis.

Nuestra perspectiva se distancia de la visión social del problema y de la noción de víctima que comúnmente se aplica a las mujeres maltratadas, acerca de la cual el feminismo ha reflexionado ampliamente.¹ Sara Ahmed (2004) afirma que, incluso si las experiencias de

violencia, dolor y discriminación de las mujeres han sido cruciales para la política feminista, existen buenas razones para evitar asumir el dolor de las mujeres como fundamento del feminismo. Pero esto no significa que el feminismo no tenga nada que ver con el dolor: “Nuestra respuesta al ‘fetichismo de las heridas’ no debe ser olvidar las heridas que marcan el lugar de la lesión histórica”. Responder al dolor depende de hablar sobre el dolor. Compartir historias “puede ser la condición para la formación de un ‘nosotras’, compuesto de diferentes historias de dolor que no pueden reducirse a una base, una identidad o igualdad” (Ahmed, 2004: 17374).

Butler y Athanasiou (2013) se preguntan si podemos encontrar formas éticas y políticas de objetar la desposesión forzada y coercitiva que no dependan de una valorización del individualismo posesivo o de una idea del sujeto como primordialmente autosuficiente y autónomo. En su lugar, abogan por un enfoque que nos permita reconocer que “somos seres interdependientes, cuyo placer y sufrimiento dependen desde el principio de un mundo social que nos sostiene, de un entorno sostenido” (Butler y Athanasiou, 2013: 47). En nuestro trabajo eludimos los presupuestos individualistas a partir de las perspectivas que nos permiten pensar el sujeto como intrínsecamente relacional e interdependiente. Esta visión resulta reforzada al incluir en la noción de sujeto la afectividad —un sistema que conforma al ser vivo para reaccionar positiva, neutra o negativamente a cuanto le sucede en su entorno y que evidencia su inherente relacionalidad—.

En sus relatos, nuestras narradoras, al hablar del proceso de salida, cuentan cómo han tenido que reflexionar sobre los sistemas de sentido y valor en los que estaban inmersas, “críticamente”, desde otro lugar, otros sistemas y discursos públicos —de la psicología, del feminismo, del orden legal—. De estos se apropian para distanciarse de aquellos que constituían su mundo encerrado en el maltrato y para dar sentido a su experiencia personal (Fernández Romero, 2016). Tras la ruptura, esos recursos comunes de conocimiento y lenguaje les permiten iniciar un nuevo relato de sí mismas.

En la autobiografía “el autor debe convertirse en otro con respecto a sí mismo como persona, debe lograr verse con ojos de otro”, como dice Mijaíl Bajtín (1982: 22). Algo que, por cierto, añade este autor, hacemos a cada paso: valorarnos desde el punto de vista del otro —lo que muestra la proximidad de Bajtín a G. H. Mead y al interaccionismo simbólico en la concepción del sujeto—. Pero en los relatos de estas mujeres no observamos solo esa visión exterior sobre ellas mismas, pues cada narradora suele también “vivenciar al personaje desde el interior” y abrir así sus fronteras, como puede volverlas a cerrar cuando concluye su personaje narrativamente desde el exterior (Bajtín, 1982: 85).

¿En qué sentido ellas son y no son las mismas personas? Cuando narran su relato, su perspectiva es otra que cuando lo vivían, su enciclopedia ha cambiado; sus valores y sentimientos, también. Pero seguramente ellas son las únicas personas que pueden dar testimonio de esa historia desde el interior, aproximándose a, o fundiéndose con, el punto de vista encarnado en esa experiencia. Hablar aquí de una narradora es hablar de una voz y un punto de vista que ella presenta, su propia visión —atravesada siempre por las voces y los discursos de otros, de los que se ha apropiado—. Pero en la voz y en la forma en que ella enuncia esta historia vemos que hay recuerdos que le siguen afectando y conmoviendo ahora, que actúan sobre su cuerpo y le dificultan seguir hablando o contando la historia como si no estuviera ahí. Esto significa que el punto de vista es tanto cognitivo, representacional, como corporal (Viveiros de Castro, 2012: 112); implica las emociones actuales, así como una memoria afectiva, imaginativa y cognitiva encarnada.

El afecto nos indica siempre lo que es relevante para el sujeto y por eso permite observar la relación del sujeto con el mundo desde “su” punto de vista, desde el cómo le afecta. En esta verbalización por la narradora de su vida pasada observamos la memoria como experiencia: hacer memoria no es hacer un uso neutro de un depósito inerte de inscripciones o recuerdos. Y también está el hecho de que ciertas experiencias vividas dejan hondas huellas en nuestro cuerpomemoria sensible. “Solo aquello que no deja de doler permanecerá en la memoria”, decía Nietzsche. Pero otras huellas afectivas pueden ser más tenues. Hemos formado nuestra “enciclopedia” (Eco, 1990) a partir de nuestras experiencias de interpretación, de nuestros encuentros —que tienen siempre un tono afectivo—, con palabras, imágenes, sonidos, a los que hemos tenido que dar sentido. Afortunadamente, mucho de ello ha dejado su rastro en nuestra memoriaenciclopedia, contribuyendo al conjunto de recursos indispensables para comprender y aportándoles un tono afectivo más o menos intenso y perceptible en su actualización. Diríamos que la enciclopedia semiótica es una memoria cognitiva, imaginativa y afectiva.

Hemos recogido los relatos autobiográficos orales de 26 mujeres maltratadas —23 entrevistas extensas del corpus de la tesis doctoral de Fernández Romero en 2015, realizadas entre 2002 y 2008, más otras tres efectuadas en 2016 y 2018—. Las contactamos a través de diversos centros de servicios sociales o de atención a la mujer de Madrid y Cataluña a los que ellas habían acudido. Se encontraban en distintos momentos de la asunción y el reconocimiento del maltrato —incluso cuatro de ellas seguían conviviendo con el maltratador—. En la vía de salida les había ayudado, dicen, hablar con psicólogas, asistentes sociales y, sobre todo, con mujeres que habían pasado por experiencias semejantes a las suyas, como hacían en los grupos de terapia. Esto les había permitido incorporar los lenguajes de otros, hibridarse con ellos para elaborar una nueva versión de su subjetividad (Fernández Romero, 2016).

Tratamos de tener en cuenta que, en estas entrevistas, como en cualquier encuentro, “siempre hay otros encuentros, otros actos de habla, cicatrices y traumas, que permanecen no dichos, no pronunciados, o sin ser dichos o expresados completamente”. Es por eso que en “una comunicación ética se trata de una cierta forma de mantener unidas la proximidad y la distancia” (Ahmed, 2000: 15657).

2. PENSAR EL SUJETO Y LAS EMOCIONES

Al ponerse en la piel de quienes eran ellas entonces, las narradoras nos dan pistas para entender aquel mundo y aquel modo de ser en los que permanecieron tanto tiempo y para intentar comprender cómo fue posible salir de ellos. ¿Cómo acercarnos a esas mujeres inmersas en una relación de maltrato persistente cuyo mundo solo puede tener sentido desde su particular ontología, la que les permite percibir qué existe y qué no? Como dice Latour (2013: 148), “hablar bien de algo a alguien es, en primer lugar, respetar el tenor ontológico exacto de ese valor que le importa y le hace vivir. Es lo mínimo que puede pedírsele a un investigador”. Podemos considerar los diferentes mundos de sentido como “pequeñas ontologías locales, irreductibles, que operan más o menos explícitamente en todas las prácticas significantes” (Fontanille y Couégnas, 2018: 230; Lorusso, 2020: 2). Las historias de estas mujeres nos hacen ver que su mundo de sentido implica ciertas formas de vida, de subjetividad y de relación incomprensibles y extrañas para el mundo de sentido común fuera de ese entorno.

Nos situamos en la perspectiva semiótica enunciativa sobre el sujeto (Violi, 2021) para subrayar la relacionalidad inherente a la noción de enunciación. “Yo es quien dice yo”, sostiene Benveniste. En lugar de pensar únicamente en las consecuencias que tiene esta idea para el concepto de *lenguaje* y de *sujeto*, que ‘solo por la lengua deviene tal sujeto’, pensemos en la experiencia de comunicación, el intercambio conversacional en el que alguien dice “yo”. Solo puede decir “yo” ante un interlocutor; y, como sabemos, para que haya relación yotú tiene que haber lenguajes, enciclopedias, semiosferas, parcialmente comunes. Además del lugar de la tercera persona, la relación yotú requiere un lugar simbólico común, hecho de normas y sistemas de sentido públicos de los que depende y sobre los que actúa la comunicación.

Pero, en la comunicación, “yo” y “tú” son sujetos encarnados; la interacción conversacional es presencial, diría Landowski (1997), corporeizada. Una relación entre sujetos-personas, que entendemos como sujetos dotados de un cuerpo, capaces de encarnar roles sociales y de tener una perspectiva propia. Como dice Butler (2012a), “los cuerpos orgánicos que somos requieren el soporte de un mundo social para poder persistir”. Y, también, “cualquiera sea el sentido de ‘nuestra’ vida, este se deriva precisamente de esta socialidad, que es de hecho y desde el principio dependiente de un mundo de otros, constituida en y por un mundo social” (Butler, 2012b: 141). Tanto la condición material del cuerpo como el sentido que podamos dar a nuestra vida dependen de un mundo social, ligado por normas y convenciones que nos permiten relacionarnos, dar y darnos sentido. Este hecho —pues no hay persona sin mundo de sentido propio— se hará muy relevante en esta indagación sobre una forma de vida en la que se priva a una persona de ese orden material y simbólico básico, engarzado en un mundo social de intercambio de comunicación y afectos.

La influencia de Mead ha sido fundamental para entender la alteridad como un elemento constitutivo de la subjetividad —que se forma apropiándose de, identificándose con y distanciándose de lo otro y los otros—. En la perspectiva de la enunciación, la relación con la alteridad se extiende a las dimensiones espaciales y temporales. Como hemos mencionado, en la enunciación participan la memoria enciclopédica y la corporal, que nos vinculan a lo que hemos experimentado en el pasado, a lo que sabemos —aun sin saber que lo sabemos— y a lo que no podemos olvidar. Además, dice Bajtín, la persona nunca se ve a sí misma cerrada, terminada en el ahora, sino abierta a sus posibilidades futuras: “Solo en el futuro se ubica el centro real de la definición propia” (1982: 114). Así, pensamos en la subjetividad como un proceso de permanente elaboración de la relación del sujeto consigo y con lo otro, además de con lo que ha pasado y heredado y con lo que concibe como las posibilidades que le abren al futuro.

Por más procesual, contextual y abierta que pensemos la subjetividad, la móvil frontera yootro, propioajeno, interiorexterior juega siempre en la dinámica de los afectos —para Fontanille (2017: 24), la cuestión básica en la semiótica del cuerpo es la diferencia propio / no propio—. Es decir que el límite clave yootro, propioajeno, está en parte definido *a priori*, pero también se pone en juego afectivamente en cada ocasión y en cada encuentro. En este sentido, Ahmed (2004: 10) señala que las emociones “crean el efecto de un interior y un exterior. [...] producen las superficies y fronteras que permiten que lo individual y lo social sean delineados como si fueran objetos”. Butler propone indagar cómo los procesos de expulsión e internalización constituyen “el límite del cuerpo, así como la distinción entre lo interno y lo externo” (2001: 165). La importancia de este límite que se reconstruye como clave y se resitúa en cada relación afectiva nos lleva a preguntarnos

cómo participan las emociones en la constitución de la frontera semiótica (Lotman, 1996) yootros que confirmamos al decirnos “yo soy esto”, “yo no soy esto”.

Una perspectiva semiótica enunciativa que tenga en cuenta a sujetos encarnados ha de preguntarse, entre otras cosas, cómo participan las emociones en las dinámicas de configuración de sí y de sus relaciones con el mundo y con los otros. Numerosos estudios semióticos observan cómo la adopción de un punto de vista en la enunciación implica operaciones de aproximación/distancia, identificación/rechazo, de las visiones y los mundos de sentido de otros (Bajtín, 1982, 1989; Peñamarín, 2015). Estos movimientos de atracción y rechazo hacia otros tienen siempre una dimensión afectiva que confirma el carácter corporal del punto de vista.

Bajtín se centra en el dinamismo de la frontera yootro, en los procesos “emocionales y volitivos” de cierre y apretura a lo otro, de identificación y extrañamiento. A estos el autor los vincula siempre con los mundos de sentido implicados en cada expresión —de hecho, para Bajtín, las lenguas y los sujetos pueden dialogar gracias a que los mundos de sentido y valor son diferentes pero accesibles entre sí e interpenetrables, hibridables—. Además, amplía la semiótica del punto de vista —generalmente, focalizada en las representaciones, el conocimiento, la percepción visual— para procurar la inclusión del cuerpo, de los afectos. Por ejemplo, cuando sostiene que entre el yo y el otro la relación no es simétrica: “Valorativamente, son profundamente diferentes mi hambre y el hambre que experimenta otro ser: en mí, el deseo de comer es un simple ‘tener ganas’, ‘tener hambre’, en el otro este deseo llega a ser sagrado para mí” (Bajtín, 1982: 56).

Al igual que Lévinas, Bajtín se sitúa en esta ontología en que el otro importa más, está antes que “yo” y “llega a ser sagrado para mí” (1982: 56). En nuestro mundo, estos otros suponen el vínculo más valioso para el sujeto, son esos otros que cada persona siente como parte de sí, a quienes ama —a veces más que a su vida, como se dice—.

Podemos observar cómo crear fronteras y vínculos implica que las pasiones intervengan en los modos de dar sentido y valor. Habremos de atender a cómo las emociones y sentimientos afectan a y son afectadas por los modos en que se construye el sentido, por cómo se entienden y se juegan las relaciones con lo otro y los otros. Habremos de estudiar cómo cada sujeto construye su subjetividad en las diferentes situaciones aceptando, naturalizando o contestando a las reglas comunes del sentido y del sentir; vinculándose afectivamente con alguien o algo “como si fuera parte de sí”, o distanciándose de alguien o algo para crear una discontinuidad, una frontera de aversión. Esta primera aproximación a la cuestión de la relación entre subjetividad, sentido y afecto nos ha guiado en nuestra indagación sobre los modos en que las mujeres maltratadas conciben su estar en el mundo, imaginan sus posibilidades y orientan su vida.

3. LOS AFECTOS EN LAS NARRACIONES

En nuestro discurso sobre las autobiografías que recogemos somos como ese autor que, dice Uspensky (1973: 5), se aproxima o acompaña al personaje, pero no se funde con él. Su descripción no se limita a la visión subjetiva del personaje, sino que es más bien “superpersonal”, porque las respectivas posiciones divergen en los planos de la ideología, el lenguaje, etcétera. Las entrevistadas, por su parte, están inmersas en el proceso de construir el sentido de sus experiencias y de sus posibilidades de futuro, por lo que estas conversaciones con nosotras se integran en su trabajo emocional y cognitivo de elaborar esbozos, ensayos, versiones que les permitan un día rehacer un relato de sí mismas.